

CRONICA

La Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica cumple en 1982 veinticinco años de publicarse. Nada mejor que conmemorar esta fecha evocando a su fundador, al fundador de la Escuela de Filosofía y principal impulsor de los estudios académicos de filosofía en Costa Rica, Constantino Láscaris Comneno.

Para ello recogemos a continuación algunos artículos publicados en la prensa nacional, y seguiremos recogiendo, en el futuro, material relativo a su trabajo en el país.

LASCARIS

Rafael A. Herra

En las montañas del Peloponeso, bordeando los pliegues ásperos de una colina que baña la fragancia del tomillo silvestre, yace una ciudad en ruinas llamada Mistra, memoria polvorienta de Bizancio. Perduran, en la atalaya, parte de la fortaleza y, por ahí regadas, algunas iglesias diminutas cuyos mosaicos, desde las bóvedas, dejan pesar sobre los hombres el rostro severo de Cristo. En un monasterio de Mistra comí uvas rojas, las más dulces que probé en mi vida; colgaban en grandes racimos del emparrado que daba sombra a un patio, y ostentaban algo de sangre y de comunión con un ambiente misterioso, pleno de luz. Pedí el obsequio de unas cuantas uvas, en pésimo griego, a una religiosa hostil que se asomó por la ventanilla del muro a vigilar el tesoro de sus racimos, temiendo que los visitantes cargaran con todo.

Cuando descendía la colina de Mistra, al atardecer, descubrí entre los restos de piedras, la que fue la casa de Constantino Láscaris. Esta visión, que conservé en la fotografía de un rótulo que rezaba: *Domos tou Konstantinou Laskaris* me arrancó de los vestigios de aquel imperio al que habían derrotado los turcos y asediado los

cristianos de occidente desde mucho antes de sucumbir, y me lanzó a ultramar, a ese otro Láscaris que tenía su casa en Costa Rica y viviría ahí todavía por muchos años.

Yo no podía hacer otra cosa: le obsequié la fotografía de las ruinas del Constantino de Mistra, homenaje a su curiosidad infinita y a su identificación emocional, diríase que pagana, con la tierra griega.

Y también por este amor extraordinario que encontraba una referencia contemporánea en Nikos Kazantzaki, el poeta cretense, el escritor más importante de la Grecia de hoy, le hice otro regalo: lo hoja de laurel que perteneció al creador de Zorba y de Manolios y que yo había tomado sigilosamente de un libro suyo. El libro se encontraba en la biblioteca del pequeño museo consagrado a Kazantzaki, en la ciudad de Heraklion, en una de cuyas puertas se encuentra su tumba.

Láscaris recibió estas cosas con una expresión de cariño en el rostro, la misma con que cedía algo de sí. Aquellos pequeños fetichismos de un hombre generoso y desprendido de los bienes materiales le dotaban de un aura singular.

He querido recordarlo así, hoy.

CONSTANTINO LASCARIS

Roberto Murillo

I

“Con la madurez llega a su plenitud la fruta. ¿Es la muerte a que llega el “ser ahí” un llegar a la plenitud en este sentido? Con su muerte el “ser ahí” ha “llegado a la plenitud de su carrera”. ¿Ha agotado necesariamente con ello sus posibilidades específicas? ¿No le son justo más bien quitadas? También fina el “ser ahí” que no ha llegado a su plenitud. Por otra parte es tan poco forzoso que el “ser ahí” únicamente con su muerte llegue a su madurez, que muy bien puede haber traspasado ya ésta antes de su fin. Regularmente fina sin haber llegado a la plenitud o caduco y consunto”. Estas son palabras de Martín Heidegger, a quien Constantino Láscaris siempre reconoció como maestro. Me recuerdan las primeras lecciones que escuché de Constantino, hace veintidós años: toda la filosofía como preparación para la muerte. Le son paradójicamente aplicables al querido amigo ahora que ya no está para nosotros, cosa especialmente triste en un ser de tan generosa disponibilidad: Constantino había llegado, mucho ha, a esta madurez que siempre le ocupó, en sí y en los otros, pero lejos de haber caducado, se encontraba presto a los cincuenta y seis años, a vivir plena y felizmente, lleno de curiosidad y de proyectos, de amor y de amistad. La muerte, a la que no temía y en la que ya no pensaba, le sorprendió en el envidiable estado de bien lograda madurez y de plenitud de promesas.

Venido a Costa Rica en 1956 para organizar la cátedra de filosofía de Estudios Generales, a los treinta y tres años de edad, tuvo que adaptarse al imperativo del nuevo mundo y del incipiente país: sentar cátedra de viejo sabio, cosa que supo hacer hasta el punto de convertirse en un educador del país entero, pero que siempre le hacía sonreír con aquella su cordial e infrecuente ironía. No acabaría la lista de sus aportes institucionales a la Universidad de Costa Rica, donde trabajó sin descanso, a veces con apariencia de desorden, pero sabiendo siempre preservar lo esencial, contrariamente a quienes se revisten, con pose para él desconocida, con los oropeles de lo accidental. El departamento de filosofía, la revista, que superó los 40 números, la asociación, el congreso interamericano de 1961, todo es un testimonio vivo aún, de que Constantino fue el demiurgo de la institucionalidad de la filosofía en Costa Rica.

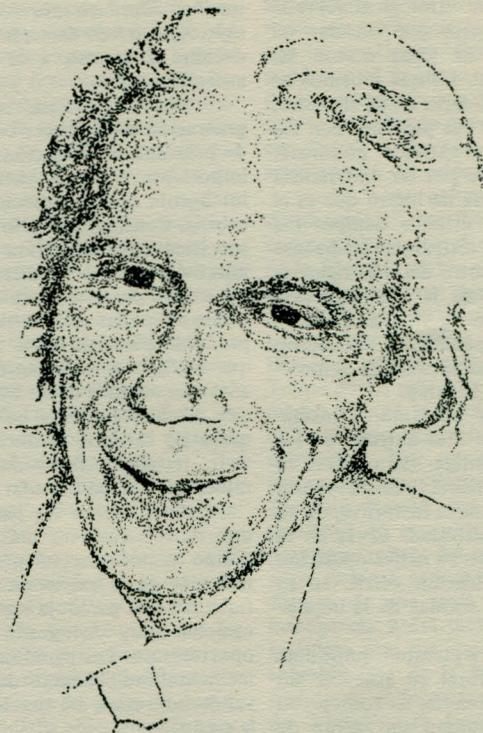
Constantino practicaba la mayéutica socrática, la tertulia cordial y finamente irónica en el aula y en el café (prefería el de Ciencias y Letras, mientras existió). Apoyaba con generosidad a los jóvenes que tenían vocación filosófica, en el más amplio sentido de la palabra, con independencia de creencias e ideologías políticas. Nunca paró mientes en el desagradecimiento de los seres humanos, por lo que había que decirle, también con liviana ironía, como Sancho a Don Quijote: “¿Cuándo escarmentará usted, señor mi amo?”. De su apoyo a los intereses intelectuales de los jóvenes, quiero destacar el que brindó, constante, al Círculo de Estudios Aguilar Machado, de Cartago, donde no sólo ofrecía sus siempre

interesantes puntos de vista filosóficos, sino que también conducía ahí a los colegas, a Olarte, Saumells, Ferdinandy, Tebas, Viellard-Baron, Moirin...

Para quienes tuvimos el increíble privilegio de ser sus discípulos, es muy difícil precisar qué le debemos: desde casi todos los entes, la libre asociación de ideas nos lleva hasta él. El discernimiento respecto de las ideas directrices del pensamiento humano, el regusto por detectarlas en los presocráticos y en Platón, el sentido ágil, nada escolástico, de la vigencia contemporánea de las ideas clásicas, la reactualización, en cada caso, de la cultura histórica, que en Constantino era simplemente prodigiosa, la justa perspectiva frente a lo concreto sin tolerar esclerosis alguna de lo aprendido, todo ello permanece frente a sus discípulos como ideal levantado y difícilísimo reto. Le gustaba reiterar la máxima kantiana de que no se debe enseñar la filosofía, sino el filosofar, pero esto no le hacía descuidar nunca la precisión erudita ni el rigor de la exégesis. De los seminarios a que asistí siendo estudiante, recuerdo cuatro, vinculados con muy originales publicaciones de Constantino: *Poema* de Parménides, *Fragmentos* de Heráclito, *Discurso del Método* de Descartes y uno doctoral sobre Jean Paul Sartre: buen balance, para quien siempre se confesó “gréculo” y afrancesado.

Con sobrada razón, muchos amigos han subrayado en estos días de pena por la inesperada muerte de Constantino, su decisión de hacerse costarricense y de mantener aquí una lucha constante por la cultura y por la libertad. Ofertas excelentes de prestigiosas universidades tuvo muchas y no las aceptó, aun en los penosos días del 74 y 75, cuando casi se consuma una contrarreforma universitaria, que habría echado por tierra la universalidad, la liberalidad y la riqueza preconizadas por la obra de Rodrigo Facio y de sus colaboradores del 56. Antes de estas fechas de fronda universitaria, Constantino había decidido tomar conciencia de su *habitat*, y para ello escribió ese libro, único en su género, que es el *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. De esa voluntad nació también la inconclusa historia de las ideas en Centroamérica y el libro, curioso, penetrante y un tanto deshilvanado, tan simpático, titulado *El Costarricense*. Con riesgo, podrían resumirse sus puntos de vista sobre la nación costarricense en tres proposiciones fundamentales: 1. En América Central hay cinco naciones, pero un solo estado: el costarricense. 2. La nación costarricense ya muy por delante de su estado, progresa a pesar de él. 3. La Costa Rica de los años 70 es ya un país desarrollado. Los 80 conocerán el superdesarrollo, es decir, la automación.

La participación de Constantino Láscaris en la vida política del país no se limitó a los dichos estudios y consideraciones generales: fuera del claustro universitario se dio a conocer por sus agudos, magníficamente estructurados y valientes análisis de esta institución o de aquel personaje, independientemente de partidismos políticos (cosa inusitada en nuestro régimen de opinión pública), al través de la televisión, la radio y la prensa. La televisión llegó a interesarle por sí misma; en la última conversación



que sostuvimos, cuatro días antes de su muerte, me decía que la mayor revolución del siglo XX es este medio comunicativo, que las verdaderas revoluciones son las tecnológicas, no las políticas. Mientras tomaba café con don Paco Amiguetti y conmigo en la soda del Canal 13, que proponía como ejemplo para las de la Universidad, nos hablaba de planes de televisión cultural, que le divertirían, porque en ellos participaría su nieto mayor, a quien siempre mencionaba con mal disimulado sentimiento.

No sólo era Constantino investigador nato, sino impulsor de la investigación: de ello dan testimonio las innumerables tesis de grado que dirigió, señaladamente en el campo de la historia del pensamiento nacional, su vivo interés por el casi inexplorado dominio de la filosofía e historia de la técnica. Tuve el placer de fundar con su cálido apoyo el Instituto que llevó ese nombre en la Universidad Nacional, cerrado después en malaventurado momento de la dura historia de aquella institución, pero susceptible de reapertura cuando la reflexión filosófica de la técnica levante el vuelo en la última hora del día, para usar una expresión de Hegel, contra este gran madrugador del pensamiento que fue mi querido maestro.

La tenacidad baturra de Constantino le llevó a organizar los estudios generales libres con la UNED, la UNA y Canal 13. Cansado físicamente de "repicar y andar la procesión" en la Televisora Cultural, me decía: "No sé qué será de este programa, no fundado en ningún acuerdo oficial, si yo llego a morir mañana". Mi respuesta, la respuesta tonta de los amigos en estos casos, era: "No finja hipótesis absurdas. Constantino". Pasaba entonces a

hablar del edificio de la Facultad de Letras, de los árboles que ya habíamos de sembrar en su futuro emplazamiento de las muchachas de buen ver que paseaban por el campus...

Imposible es por ahora intentar la definición de la curva continua del pensamiento de aquel hombre, el más inteligente que he conocido: bajo planteamientos paradójicos, a veces verdaderas "boutades", bajo una especie de entusiasmo estético y descreído frente a las grandes mentes filosóficas del pasado —Platón en primer plano— alentaba la más perseverante voluntad filosófica, según la definición de Hegel a menudo citada por Constantino: "La filosofía puede ser definida, en general, como la consideración reflexiva de los hechos". Entusiasmado por la técnica, veía en la ciencia una disciplina —o mejor varias— que sacrifica las preguntas radicales en aras de la práctica; si, con palabras de Heidegger, "la ciencia no piensa", alguien debe pensar, el hombre picado por el tábano socrático... No quiso Constantino definir la unidad de su reflexión, pues ésta había de quedar garantizada por la unidad de su excepcionalmente fuerte personalidad: explicitarla es tarea que se presenta a posteriori, nada fácil por cierto.

Partiendo de una tesis sobre Quevedo, Constantino fue predominantemente existencialista, en la línea de Heidegger, Sartre y Antonio Machado. Ningún tema le hacía sentirse "chez soi" más que el de la libertad en que el hombre escoge libre y autorresponsablemente su esencia; ningún acto más execrable a sus ojos que la mala fe de los que delegan su razón y su libertad para comulgar con ruedas de molino. Si bien es más de una ocasión

elaboró técnicamente sus reflexiones ontológicas sobre la nada y la libertad, su mayor gusto era vincular tal pensamiento con la historia de las ideas o con las situaciones concretas de la sociedad. Lo que sabemos de su vida personal es hondamente solidario de su filosofar, aunque nunca ocupó la atención de sus prójimos con sus problemas personales, pues fue en extremo pudoroso, reservado y estoico. Hacía lo posible por ser materialista "craso" —por oposición a esa madera de hierro que es el materialismo dialéctico— y en los últimos tiempos iba logrando algo del vivir epicúreo, del disfrute de las buenas cosas de la vida de los sentidos, dentro del más riguroso sentido del respeto al prójimo y de la independencia personal. La intensidad de su ritmo de vida, su cuidado por la ética en el manejo de la cosa pública, su liberalismo a la francesa, hacían contraparte a esa pretendida despreocupación, que era tan necesaria para su salud.

Costarricense por adopción y por amor, Constantino había llegado a comprender al más extraño de los pueblos del planeta, al menos definible, tanto como lo puede una mente cartesiana; no había podido vivirlo desde dentro, desde la raíz de su astucia instintiva, de su discontinuidad, de su estratégica pasividad. Creía en el sentido costarricense de la libertad, en su nativa oposición a toda dictadura y a toda planificación cerril, en su rebeldía originaria contra todas las formas de la inquisición y del sectarismo.

Su muerte deja a la vez vacío y plenitud. Imposible llorarle sin sonreír, imposible deplorar su ausencia sin sentir acto seguido su presencia actuante, su consejo, su cortés contradicción, su buena voluntad sin asomo de codicia, de dineros, de poderes, de falsas estimas sociales. Imposible soportar por mucho tiempo la dura seriedad de su muerte sin que surja, cálida, su gran cordialidad ibérica, su sinceridad sin dureza, su *daimon*.

Una vez le pregunté por qué no había ido a visitar la tierra de Grecia, él que tanto la conocía y la amaba. Respondió que cuando sintiera próxima su muerte pensaba subir al Olimpo y allí acabar. No estoy seguro de que no lo lograra...

II

Unos dos meses antes de morir Constantino, subí a visitarlo a una alta colina, "a seis mil pies de altura por encima de los hombres y del tiempo", como decía Nietzsche. Los discípulos de Constantino buscaban al maestro cuando tenían una pregunta difícil, de esas que envuelven a quien pregunta, en lo hondo de su individualidad, pero que exige a la vez una respuesta universal.

Subí a preguntarle a mi querido maestro y permanentemente contradictor: "¿Es hoy todavía posible la filosofía?". El frío no era su elemento: aquella colina no era el contexto natural del Fedro platónico, pero su cordialidad se imponía por sobre el tiempo. Su respuesta, como siempre, comenzaba por discutir la pregunta misma, por objetar la respuesta en ella implícita, por replantearla. "No acepto el adverbio: pregúnteme, más bien si la filosofía es posible ya". Su respuesta se fue por el rumbo de la filosofía de la historia: los genios de la filosofía de principios de este siglo, dignos de Platón, dentro de una generación que descolló en todos los campos de la vida, mientras los que hoy mandan aparecen mediocres, cuando

mucho, administradores del humanitarismo. Al pasar al siglo XXI, puede darse, la libertad autorresponsable puede decidir el regreso a la ontología, a la filosofía con auténticas raíces.

En Costa Rica, me dijo Constantino, la nueva generación puede hacer tal filosofía. Un poco sorprendido de esta difícil delegación de una tarea, a sus ojos la más importante, por su parte, siendo él el hombre más inteligente que he conocido, le repliqué: "Con usted a la cabeza, Constantino". No aceptó. Adoptó aquella actitud socrática, cuya ironía era difícil de medir, según la cual el hijo de la partera, a imitación de su vieja madre, ayuda a los otros a dar a luz, no pudiendo hacerlo él directamente. Como el ulular del viento de altura, me sobrecogió la profunda paradoja de la ilustre persona del maestro: ¡El, que se fijó como forma de vida el pensamiento, que no aceptaba ninguna de las expresiones mínimas del filosofar, que decía que Comte había aplebeyado a Kant, él, para quien no cabía la distinción de Fichte entre filosofar y vivir, testaba a favor de sus discípulos ofreciendo las raíces mismas del filosofar!

Constantino era paradójico, no contradictorio. Es uno de los hombres más valientes que he encontrado, siendo su máxima valentía la de soportar las paradojas radicales de la existencia y hacer de ellas sabiduría. Su fidelidad a la paradoja era un aspecto de una entereza de carácter muy menguada en tiempos de lucro y de oportunismo. Las paradojas de Constantino eran a la vez un inconfundible rasgo de su persona y el resultado, de validez universal, del ejercicio audaz de la inteligencia y de la razón.

Destaco tres paradojas, tres tensiones del pensar y del ser de Constantino:

1) En su "Primer testamento", escrito a los treinta y tres años, al venir a Costa Rica para ser un "europeo-en-el-tropico", dice: "Probablemente, nadie sabe lo que es uno mismo hasta el día en que se muere". Desde luego, hemos de entender que no lo sabe quien muera, sino otro, los otros, que sobreviven. Y no cualesquiera otros: "El plano del prójimo supone la "proximidad" de la interpresencia: elevo al otro a prójimo cuando en el otro se mienta mi yo con mención recogida de mí. Mientras sienta que el otro narra mi biografía como yo la narro será prójimo, pero dejará de serlo, se alejará, en cuanto varíe la narración, y por consiguiente, mi ser en él..." Pero en el mismo artículo se dice que mentar es inevitablemente mentir. No es mero juego de palabras la ambigüedad de la expresión "yo miento". El escepticismo de Constantino (no pesimismo) sobre su autonarración revierte duplicado sobre la que nosotros, sus prójimos hasta ayer, intentamos. Tajantemente dice: "La comprensión de mi ser me hace ser, pero la estructura misma de la comprensión quita al ser de lo que soy lo que soy al dármele solamente representado y darme por demás la representación".

¡Viejo problema eleático de la identidad y de la diferencia entre el pensar y el ser, grandeza y miseria del cogito cartesiano, sí, pero también tensión, dificultad callada en la vida personal de Constantino! Quien leyera los textos citados de Constantino sin haber conocido a este hombre de tan noble y austera discreción, tan poco inclinado a hablar de sí mismo, como no fuera para ponerse de ejemplo, con irónica sonrisa, de tal o cual rasgo de la condición humana, o para trascenderse en sus

tareas, quien esto hiciera, imaginaria un hombre muy dado a la participación efusiva de los aspectos íntimos, de interioridad, de difícil y balbuciente expresión de la vida emotiva. Nada más inexacto; en sus manos, por pudor, un tema privado se deslizaba pronto hacia el terreno institucional o histórico, hacia tareas de interés público, una crisis del alma hacia un asunto de filosofía de la historia, pero sin el menor asomo de frialdad impersonal o de vanidosa arrogancia.

Su biografía, recogida al espigar entre sus escritos, nos deja a la vez llenos y vacíos. Narrada por él, es su misma e insustituible, fuerte personalidad. Sin embargo, con alguna razón escribe respecto de su propio contarse a sí mismo (tan lejos de las confesiones de San Agustín o de Rousseau, o de la *Recherche* de Proust, sus antípodas al respecto): "Sólo encuentro una biografía a la que no veo el por qué darle interés: la categorización de lo incidental solamente revela la parquedad de incidentalidad de un despliegue vital". Lo concreto se expresa por el extraño camino de la pura noción universal de lo concreto.

2) De los filósofos dicen que se dedican a pensar "en la inmortalidad del cangrejo". Constantino habría extraído seriedad del sentido que dormita en la frase hecha. Así pasa con su artículo *Muerte y perfección*, en el que en efecto, medita sobre la inmortalidad de la tortuga, que "no muere nunca de muerte natural". ¿Curiosidad? No solamente: "... si me pregunto por las tortugas es porque me estoy preguntando por mí mismo en las tortugas". Y es que fuera de la libertad, posiblemente ninguna idea le preocupaba más que la de la madurez. Quería y no quería madurar. Envidiaba abiertamente a los jóvenes pero se precipitaba en envejecer. Observaba, pues, que es característico de los animales que abandonaron el agua como habitat el "morirse de muerte natural", por esclerosis, por calcificación, por "sequía". Son los únicos que maduran, cuyo consumarse es consumirse, en quienes hay plenitud cerebral por sacrificio del resto del cuerpo, cuyo ser es dejar de ser. Destacaba Constantino el tema del hueso, el de la momificación. Escribe: "Así, acabarse, como término o fin, es acabar el hacer al acabar el acabado de la obra. El acabado como logro de la obra arrastra consigo el cese del acabarlo". Cuando decía de alguien que era "inmaturo" era como decir que, debiendo haber madurado, no lo había hecho, que quizá nunca lo haría, era como decir que participaba de la inmortalidad de las tortugas: por ejemplo, quienes no aprenden de la experiencia.

Sacrificio de un cuerpo que da de sí todas sus fuerzas para que viva un cerebro poderoso. A eso se encaminaba ya el niño Láscaris, descrito por él mismo, ya adulto, en tercera persona: "allá por los cuatro o cinco años, se quedó flaco a rabiar: huesos, acompañados de nervios y tendones, reunidos por músculos relativamente eficaces, y eso dentro de la piel, sin más aditamentos. Esa estructura se quedó como permanente hasta hoy, y así me encuentro siendo un flaco realmente flaco; sin embargo, guardo la envidia por los hombres de aspecto feliz que poseen la "curva de la felicidad". Pero éste adulto que acepta su definitiva y mortal salida de las aguas originarias, que se va haciendo espíritu, afirma vehementemente el placer de vivir, la belleza de las mujeres, canta en su casi secreto poemario el vibrante aliento del Atlántico, la pocomía, el vino de Chipre, la áurea Afrodita. Y plantea

la paradoja de un estoico que se quería epicúreo y que a veces por excepción lo era, de un existencialista sartriano, con un agudísimo sentido de culpa por lo que se refiere al trato con el prójimo, que se quería "materialista craso", de un cartesiano que reverencia el atomismo antiguo, sin que se sepa donde quedaba el "ego" de quien así pensaba, ese "ego" a la vez tan afirmado en general y tan severamente descuidado y abandonado hasta la muerte...

3) "...un peligro, el más grave para un filósofo; el de platonizar", escribe Constantino. Pocos placeres había comparables a oír al maestro exponer tal o cual aspecto de la filosofía platónica, de escucharlo también "platonizar". Ejemplo: sus clases sobre la teoría platónico-agustiana de la intransmisibilidad del saber. Sin embargo me parece haberlo oído decir que toda la historia de la filosofía no es más que progresiva desplatonización. Tomando un café, me dijo una buena tarde: "De día por medio creo en la intuición intelectual, de día por medio, no"; o bien sostenía: "Platón entusiasmo, Aristóteles convence". Era sumamente paradójico ver al maestro pasar del romanticismo al pensamiento de Hume o de Bertrand Russell, no por olvido ni por desprecio del principio de no-contradicción, sino por una especie de necesario rodeo del camino hacia una verdad imposible pero siempre seductora. Constantino, el gran señor, el vástago de una regia estirpe griega, el aristócrata de la inteligencia y del tacto, explicaba con pasión a ese gran caballero que fue Parménides de Elea, a Platón, "la más soberbia flor de la antigüedad", según Nietzsche. Y de otro lado, en fecunda polaridad, Constantino, el discípulo de Voltaire, el iconoclasta, tentado ya por el más reductivo de los empirismos, ya por el menos filosófico de los materialismos, por la náusea y por el absurdo. Constantino, el quijote de los entusiasmos exigentísimos, el gran madrugador del pensamiento, frente al realista más observador más minucioso y más desesperanzado, sin ningún resentimiento: anverso y reverso de quien en tantas cosas se parecía al eximio poeta y filósofo, su compatriota, don Antonio Machado, el que "se era nada".

III

El 4 de julio de 1979 murió Constantino Láscaris Comneno, ilustre filósofo, historiador de las ideas, auténtico liberal, maestro en todas las ocasiones, generoso hasta el exceso. Si la vida y el pensamiento de Constantino abundaron en sabias paradojas, un poco desconcertantes para sus discípulos —como las socráticas—, no sería extraño, aunque sí muy desafortunado, que su muerte conllevara una última paradoja: la del olvido de su imagen y de sus ideas por la historia, cuando él, como ninguno otro, dio vida al pasado intelectual de Costa Rica como historiador del pensamiento.

Antes de que comience a establecerse, si se hace, el repertorio de sus ideas, el análisis de su concepción del mundo, a partir de lo mucho que dejó escrito, conviene retener esto que siempre pierde la historia tardía: la imagen viva, la anécdota elocuente, las ocasiones concretas ante las que fue perfilándose su posición, el clima en que se desenvolvió su vida. Una vez más, se siente, frente al desafío de tareas como ésta, el vacío que dejó: ¡que él mismo se hubiera desdoblado sobreviviéndose, para dibujar con mano maestra un retrato concreto en la historia,

para señalar las pautas de estudio de su propio análisis como pensador! Idea absurda, no sólo por esto del desdoblamiento, sino porque la atención de Constantino era generosa y transitiva, muy poco indulgente consigo mismo, presta al autorretrato solamente en un tono de parodia, un poco quevedesco. Como la de Descartes, su autobiografía de haberse escrito, habría sido demasiado intelectual.

No pudiendo hacer algo mejor en esta ocasión, quisiera evocar la lucha de Constantino frente a un medio —el de nuestro país, su política y sus universidades— al que veía, sin embargo, como el mejor de los mundos posibles. Aunque siempre respetuoso de la libertad ajena, incitador de la racionalidad y de la autorresponsabilidad en el prójimo, Constantino se desvió por la marcha de las instituciones nacionales, por el cumplimiento de los funcionarios, y distinguía con toda franqueza la simple propaganda de la labor efectiva. Le interesaba el bien público de una manera completamente olvidada en la Costa Rica de hoy, donde el “a mi qué me importa” corre parejas con la más exacerbada ambición de cargos y dineros. Debo confesar que, en algunos momentos, me pareció que se despreciaba a sí mismo, prodigándose en luchas un tanto estériles, con manifiesta desproporción entre su extraordinaria personalidad y poderoso intelecto, por un lado, y el endeble punto de aplicación de su fuerza, por otro. Por ejemplo, me sentí conmovido al verlo luchar, por amor a tesis de excelencia académica, por la elección a un puesto en el Consejo Universitario, de la Universidad Nacional. Hay que meterse en Séneca y en *Don Quijote* como él lo hizo, quepa la expresión, desde antes de su nacimiento, para estar a la vez tan más allá, tan dentro, en la paradójica convivencia humana, en este país de pecados veniales, como él decía. Constantino Láscaris electo, por estrecho margen de votos, Subdirector de la Escuela de Filosofía, Universidad de Costa Rica, o soñando, como un imposible, con obtener una curul como diputado independiente ante la Asamblea Legislativa: alguien debe aclararnos estas paradojas, partiendo de la premisa, inválida en otras latitudes, de la sobrevaloración nacional de los cargos electivos, grandes y pequeños.

Sin embargo, ese Constantino presto a dar prolongadas luchas por la educación como servicio nacional, con su honradez como ejemplo, era también “el filósofo que ve por sobre los hombros de la conciencia ingenua”, para usar una expresión de Hegel. Sabía de la acción a distancia en el tiempo. Puede aplicársele, con excepción en parte de eso de la dureza del polemista, lo que él escribe de Roberto Brenes Mesén: “De temperamento combativo y

disputador, polemista duro... quiso reformar: la enseñanza, el Estado, el arte, la filosofía. De manera inmediata, fracasó en todo lo importante, pero su triunfo lejano estuvo precisamente en su trabajo”. El logro de las ideas de Láscaris es aun posible, está en el futuro, y las semillas están en sus discípulos, en sus libros, en sus innumerables artículos e inéditos, que alguien debe encargarse de reunir, sin necesidad de implorar presupuestos (¿Es eso posible en este país, hoy tan burocratizado?).

Si fracasó en todo lo importante, de manera inmediata, es cosa que aun no está decidida. Así, fue idea suya crear el Departamento (hoy Escuela) de Filosofía de nuestra Universidad, cuyas posibilidades son muy ricas, y que, como siempre, pueden realizarse o no realizarse. Dígame lo mismo de la Revista de Filosofía, de la Asociación Costarricense de Filosofía. ¿Se habrá olvidado ya su decisiva participación en creer lo que hoy es el Centro Universitario del Atlántico, con sede en Turrialba? ¿Recuerda alguien su lucha para que se erigiera un Instituto Tecnológico, idea que recibió tanto respaldo de los ministros Malavassi y Brenes, colegas suyos en el Departamento de Filosofía? Quizá tampoco pueda contarse como fracaso su empeñosa e inteligente labor en los Institutos de Estudios Centroamericanos (UCR) y de Teoría de la Técnica (UNA), clausurados en hora de bajar de nuestra vida universitaria, sobre cuyas perspectivas debe indagar pronto el biógrafo y el historiador.

Constantino guardaba gran aprecio por el Embajador español Cavanillas, que estuvo acreditado ante el Gobierno de Costa Rica a fines de la década de los cincuenta. Este le había dado un consejo que nuestro filósofo no escuchó: salir del país cada lustro, porque inevitablemente, decía, había de producirse un desfase entre el ritmo del pensador aragonés —sus exigencias, sus impaciencias— y el “pasandóla” costarricense. Una diferencia de presión que Constantino no quiso considerar en todo su peligro. Es que no puede decirse de él, ciertamente, lo otro que escribe de Brenes Mesén: “muy preocupado por sí mismo”. Y aunque él nos decía, en clase de filosofía de la historia, que era absurdo escribir la historia en subjuntivo, nos hacemos la vana ilusión de que si hubiese cuidado más de su magra individualidad física, de esa alma que no es sólo intelecto, ni solo amor al prójimo, aun estaría entre nosotros.

(*La Nación*, 17-VII-1979, 19-VIII-1979 y 4-VII-1979 respectivamente)

CONSTANTINO LASCARIS

Enrique Macaya

Ya a los tantos años de mi edad, entonces todo parece llegarnos de una manera muy sencilla, hasta las mismas cosas que nos son sumamente dolorosas. Así recibí la noticia de la muerte de Constantino, con la sencillez de lo más profundo.

La verdad, no pude de inmediato, darle a esta

noticia, medida alguna; únicamente la certeza de una ausencia que sería permanente. Sin duda, como decía Constantino, no sabemos lo que somos, sino en el día de nuestra muerte.

Aquel día, no acertaba qué hacer: si refugiarme en un rincón de mi biblioteca y permanecer en silencio, con

el alivio de su recuerdo, o bien echarme a caminar por el campo y meditar sobre aquello, lo irreparable y lo inesperado, figurando tener a la par, en el camino, su diálogo y su compañía.

No era, en verdad, muy comunicativo Constantino en sus recuerdos, no obstante haber viajado mucho y haber vivido tan intensamente. Las dos breves autobiografías que nos dejó, apenas son como un pequeño descargo de esta reserva. Bergson distingue dos formas de memoria: la una que imagina y la otra que repite. Constantino parecía evitar la memoria que repite y, por el contrario, por su inmensa sabiduría y por un halago feliz, era la memoria que imagina la imagen de sus recuerdos.

Y volviendo a Bergson, entre filósofos y el tratado de *La Risa*, su manera de reír en Constantino, era algo único en él mismo; probablemente ustedes la recuerden: comenzaba con una tosecilla discreta, seguida de una corta sonrisa como reprimida. No sabría yo decir si era la risa de la antigua Grecia o la risa de Voltaire.

Se ha tratado de definir la ideología política de Constantino. Lo más próximo —y quizás absoluto—, es que fue siempre un liberal, un liberal combativo, dicen algunos; un liberal a la francesa, dicen otros. Yo creo que era un liberal de estilo, si entendemos por estilo, un sentido de definiciones, de equilibrio, ponderación y claridad latinas.

Ya lo he dicho en otra vez: “Quizás el secreto más íntimo de la vida y de la cultura, puede resumirse en saber encontrar su estilo. El avance más auténtico en todo y por todo, muchas veces es un correcto análisis de estilística”. Constantino admiraba entre los filósofos a Bertrand Russell. Recuerdo que al fundarse la Revista de Filosofía, le solicitó su colaboración. Bertrand Russell la prometió, aunque por algún motivo, no pudo cumplirla. Con fina dedicatoria nos envió su obra: *Retratos de Memoria*. Pues bien, Bertrand Russell en su libro: *Propuestos caminos hacia la libertad*, deja abierto un límite virtual entre el liberalismo y el nihilismo.

Le hice ver a Constantino ese riesgo y su respuesta fue inmediata: si para poder mantener su propia libertad esencial debemos sacrificar el liberalismo, esto es inevitable. En todo caso, serían crisis únicamente temporales, en espera de su retorno. El liberalismo es un dios me dijo; y agregé: como decía Rubén Darío, “La pena de los dioses es no alcanzar la muerte”.

Tengo la impresión de que la palabra democracia no le era fiel; desconfiaba de ella. Prefería el liberalismo como algo absoluto. Como una filosofía de la vida. En cambio, la democracia le parecía un ejercicio, una simple práctica en los juegos del poder. Siempre me ha parecido existir una afinidad de actitudes entre don Pío Baroja y Constantino. No debe esto sorprendernos, pues Zaragoza de Aragón, es una de las rutas radicales, hacia la frontera del pensamiento de los vascos: así, Joaquín Costa y Unamuno, por ejemplo.

En su empeño de identificarse con su patria de adopción, luego de llegar de España, le llevaron a penetrar un poco más en asuntos locales. Y los resultados fueron, a menudo, sorprendentes. Situaciones y datos que se creían definitivos, se tornaban entonces dudosos; o podían ser también la revelación de un mito. Y la ironía conque, a veces, presentaba lo dudoso o negativo de esos casos, los hacía para siempre imborrables.

Recuerdo —como un ejemplo y en lo inmediato de hace pocos días— un comentario hecho por Constantino durante una conferencia en el Instituto de Cultura Hispánica. Nos dijo que Costa Rica no era un país subdesarrollado; todo lo contrario, se le debía considerar como un país superdesarrollado. Para los místicos de nuestra economía, esta información debió causarles una divina impaciencia. ¿Razones? Más que razones, lo que nos daba, eran revelaciones. El lanzar estos desafíos, para él no era riesgo alguno; porque el talento de Constantino era grande y, además, siempre fue un cartesiano. Y sabía integrar ambos recursos, es decir, la inteligencia y la lógica, con una secuencia admirable. Ni lo anecdótico —que fue algo muy de su gusto— podía comprometer el trance o la finalidad de su análisis.

La obra de Constantino, en su conjunto, representa una identificación insistente con lo nuestro; una identificación de análisis riguroso y, a la vez, una identificación generosa. Dentro de ella, siento una preferencia por su libro *El costarricense*; porque es un libro de interpretación difícil, de todo un sentir nacional, en su intimidad, en el coloquio repetido con un tema tan sutil y complejo y que exige, al mismo tiempo, una síntesis.

Es un libro de cabecera y que pudo ser escrito únicamente por un gran liberal. No es, en modo alguno, el ensayo de un tratadista austero y dogmático; por el contrario, es un libro siempre de encuesta, disperso y ágil; de encuesta, porque sólo el liberalismo en la hora de ahora, la permite; disperso, porque necesariamente, el encuentro tuvo que ser por todos los caminos del país y hasta en sitios escondidos; ágil, digo en fin, porque está escrito con mucho talento. El desglose del tema pudo llegar, por momentos, hasta lo inconcéntrico, pero el conjunto del libro es sencillamente delicioso.

Como decano de Ciencias y Letras, mi primera entrevista con Constantino al ser nombrado profesor en la Facultad, fue interesante. Le pregunté cuál sería su programa para su cátedra de filosofía en Estudios Generales. Me contestó que pretendía que de ella salieran verdaderos filósofos; filósofos filosofantes, insistió. Como la filosofía, en su concepción independiente y como disciplina absoluta, era entonces algo lejano —hace de ello ya más de veinte años— me pareció su compromiso un tanto difícil. Ahora debo confesar que me equivoqué. Desde su cátedra se integró un grupo de verdaderos filósofos; algunos de ellos nos honran hoy con su presencia.

He leído en alguna parte, que al morir el compositor Arturo Honnegger, su amigo fiel Jean Cocteau, dijo en los funerales: “Arthur, c’est la première fois que tu nous fais de la peine”. (Arturo, es esta la primera vez que nos causas una pena). Tal ha significado también para nosotros la ausencia de Constantino. En el tiempo que le conocimos sus amigos —y en esto fue invencible— nunca nos llegó de su parte, ni límite para su amistad, ni pena alguna recibida. Solamente esta de ahora, que fue la única, la inolvidable pena de su muerte.

REQUIEM A CONSTANTINO LASCARIS

Jorge Vega Rodríguez

Hubo una vez en esta pequeña y amada patria un español de ascendencia griega que, a la mitad de su estudiosa vida irrumpió súbitamente en estas playas tropicales, traído por el espíritu selecto de Rodrigo Facio. Este hombre, que con el correr de los años se tornaría, por su valor intrínseco, en personaje de gran valía en los corredores universitarios y académicos, acaba de terminar sus luchas, su periplo, inesperadamente. Se llamaba Constantino Láscaris-Comneno, con lo que denotaba su ascendencia griega. No se necesita recurrir a la retórica, ni a forzados rebuscamientos literarios, para proyectar la imagen de este profesor y periodista que tenía prodigioso don del equilibrio en sus actuaciones, pero, sobre todo, que estaba dotado de esa virtud que, al decir de Aristóteles, es la más preciada: la generosidad.

¡Porque eso sí!, era innatamente generoso, tenía el arte supremo de saber dar sus prendas íntimas intelectuales, dar consejos sin resabios ni subterfugios. A toda luz. A la vez era combativo, iconoclasta irreductible. Agregaba a su juicio, en ocasiones destructor, una sonrisa tenue en su boca hundida, de la cual barbotaba pensamientos, caminos, condenas. Hombre de corta estatura, melenudo, manos sarmentosas, su vida se alojaba en unos ojos inquisidores, satíricos, que se empequeñecían con la diatriba o se abrían desmesuradamente cuando se trataba de enjuiciar o elogiar a una mujer.

La Universidad, o las universidades, tienen el deber de efectuar su elogio con justeza y sin contaminación de prisas históricas. Porque si él era hombre de grandes apuros, mal alimentado, bebedor impenitente de fuerte café, la Universidad, con todo acomodo, resaltará a no dudarle sus virtudes ciudadanas, la elevación de sus principios y, sobre todo, lo dicho anteriormente, su intensa y siempre fluida generosidad. Tenía piedad de sombra e indulgencia de fruto. Era símbolo de deslinde entre lo oculto de una dádiva intelectual y lo tortuoso acosador de un combate contra lo que creía torcido.

Actuaba en su escaso tiempo entre la universidad y el periodismo: llama todo él; paradigma todo él; generosidad todo él; horizonte todo él. Hombre de síntesis que daba rumbos a la enseñanza, a la utilidad, dar y más dar.

El filósofo (carrera primordial de Láscaris), al decir de un pensador de la tierra de sus antepasados, es el hombre que trata permanentemente de discernir dónde está la verdad. Y él, en su intensa carrera, trató siempre de

buscarla. Por lo menos su verdad en la que creía. En sus cursos, entonces, dejaba de lado la podre, la lacería, lo estorbo, para dar su verdad, con todo énfasis y sinceridad, virtudes que lo salvan irremediamente de la tumba.

Descendiente mezclado de la vieja Hélade y de la vieja Iberia, carecía de valiosas alquerías o de boatos superfluos. Pero cual maestro cálido, enseñaba cómo se es hidalgo sin herencias monetarias, cómo se siembra a la vera de caminos, en surcos de rehabilitación, en puentes filosóficos de categoría, inquietudes o ensueños, con la radiante idea de que para obtener la verdadera libertad se debe ser esclavo de la filosofía, según otro de sus antepasados.

Su oído, sensible caracol, recogía ansiedades insatisfechas o farragosas digestiones de proyectos ciudadanos. Retornaba en consejos adecuados al menesteroso intelectual, al político transfuga o al estudiante desviado. Planteaba problemas con su fraseología personal, con gran profundidad humana, hiriendo en ocasiones a mentes burguesas o a mentes revolucionarias. Hurgaba cual melenudo sabueso una hornaza desconocida ante la inercia pasiva de las masas. Don Constantino era un insatisfecho permanente, a veces hasta decepcionado y en su interior, revolucionario larvado. Escogió la escuela, la didáctica y el periodismo, siempre enseñando. Daba la impresión de estar buscando afanosamente un agujerito en la esfera del universo, para situarse en él y así hacer juicios acompañados de sus habitantes.

A Costa Rica la aprendió a comprender y, lo mejor, a querer, con su mente de filósofo de alto vuelo y poco halago, mucha crítica con una finalidad de construcción, de mejoramiento. Así era este varón tico-español-griego, con apariencia profética, delgado, enfisematoso, desgarrado, con intensa mirada, fumador constante, pero con una gran fe en la juventud nacional. Era nacional y racionalista a la manera de Paul Valéry. A pesar de haber desaparecido, su recuerdo debe permanecer flotando por muchos, muchos años, por su sinceridad, su valía, su generosidad y porque, al decir de Yolanda Oreamuno, creía en todo o en nada, para así parecerse terriblemente a un hombre.

(La Nación, 13-VII-1979).

RECUERDO AL DOCTOR LASCARIS (En tono personal)

Guillermo Malavassi

Cursaba el tercer año de la Facultad de Letras y Filosofía con sede en el primer piso del actual edificio de

la Escuela de Ingeniería. Los aires de cambio eran fuertes. Cristalizaba la reforma universitaria que tomaría plena

vigencia medio año después.

Se anunciaba que venían profesores extranjeros especialmente buscados. Entre ellos uno de filosofía. Se llamaba Láscaris...

"Llegó por fin. Costaba verlo porque las autoridades lo monopolizaban. Era hombre muy activo. Pronto organizó un seminario sobre filosofía y enseñanza de la filosofía.

Yo quería participar de esas cosas nuevas y buenas. Pero apenas cursaba tercer año universitario y la persona encargada de buscar gente, con un gesto muy suyo, me dijo: "No me servís. Es para gente graduada". Y sentí que una buena oportunidad se escapaba.

Un día, que trabajaba en vacaciones de medio año en un cafetal en Tres Ríos, llegaron a buscarme: "Que solicitara ingreso en el grupo que participaba en el seminario". Corrí. Me bañé, mudé y partí en la Vespa que entonces usaba y el Dr. Láscaris me dio entrada en el seminario. Pero me puso a prueba: debí participar en un simposio sobre la libertad junto con D. Teodoro Olarte, Violeta Madrigal y el Dr. Láscaris. La cosa salió bastante bien. Un poco duros los más versados. Luego, un inolvidable 28 de setiembre de 1956, me correspondió hacer un comentario comparado de dos textos, con estudiantes del I año de Letras y Filosofía y frente a los quince profesores del seminario. Los textos eran de Sto. Tomás de Aquino y de J.P. Sartre. Los estudiantes participaron con enorme gana e interés, y el asunto tuvo buen éxito. Desde entonces el Dr. Láscaris me cobró gran cariño. Al comenzar la reforma en 1957, me hizo el honor de proponerme Asistente —creo que su primer Asistente en Costa Rica— en su grupo de Fundamentos de Filosofía: daba una lección por semana y ganaba ₡ 47.50 por mes.

Conservo con aprecio su informe a la Facultad de Ciencias y Letras, sobre ese seminario admirable de 1956, en el que bondadosamente me dedicó este lindo párrafo: "UNA PERSONA que ha despertado mi interés es el Sr. Malavassi. Con una cierta preparación especializada en Filosofía (Bachiller en Filosofía por la Gregoriana), posee especiales dotes de capacidad y vocación, que permiten esperar de él un futuro buen profesor e investigador de Filosofía. La incorporación de egresados al cuadro de profesores podría verse iniciada con este joven; cuando ello sea factible, estimo deberían dársele facilidades para que se doctoré en Europa". Ese párrafo lo conocí muchos años después de escrito.

Cautivaba la voz de Constantino. Le decíamos que tenía voz de fauno: seducía. Era singular su forma de mirar. Por algún problema en uno de sus ojos, se veía obligado a concentrarse volviendo un poco la cara. Su mirar y su hablar sedujeron a Costa Rica.

Siempre fue generoso y dádívoso. Desde que llegó al país, siempre invitaba y pagaba. Nunca admitía que un subordinado suyo lo hiciera. Menos si era Asistente de escaso sueldo. Alguna vez lo escuché criticar a alguien por "agarrado", ya que según su condición al menos debía invitar a café.

Lo que más le perturbó —creo que a todo lo largo de su fecunda estancia en el país— fue la idea de que se esperaba que actuara como *sabio*. Un día el Dr. Láscaris, al ver cuántas cosas demandaba la reforma, cuántas podían hacerse en el país y las altas expectativas puestas

en él por el entonces Rector de la Universidad, dijo algo así como que parecía esperar demasiado de él, como si fuera un sabio. El Rector, entre bromas y veras, le dijo que sí, que a como iban las cosas, se esperaba de él que ejerciera como sabio. Comentaba Láscaris que él en España apenas despuntaba en el mundo académico y que verse de pronto, en sus treinta y tres años, considerado como casi *sabio*, era un asunto duro de enfrentar. Toda su tarea en el país trató de ser fiel a esas expectativas.

Podría decir que fue mi protector durante toda su vida en Costa Rica. Me nombró su Asistente. Insistía en que comenzara y presentara pronto la tesis de graduación. Me convenció de que no tomara un enfoque del tema que exigiese bibliografía conseguible en Europa, pero inencontrable en Costa Rica. Que una tesis de licenciatura ha de ser como un artículo normal y corriente de revista especializada. Por fin concluí la tesis y la presenté en 1958, con la "amenaza" del Dr. Láscaris de que si no la presentaba, no me propondría en el concurso que se efectuaría ese mismo mes para una plaza en la Cátedra de Fundamentos de Filosofía. Así Láscaris protegía y exigía. Ganado el concurso, daba yo lecciones en el Liceo de Costa Rica y lo hacía con mucha alegría. Pero había demanda de servicios en la Universidad. Láscaris puso las condiciones: lo propongo para un contrato de medio tiempo, a condición de que deje las lecciones de segunda enseñanza. Ello para que haga bien las cosas en la Universidad, para que tenga tiempo de estudiar y no se acartone. Y así se hizo. Me instó a preparar y publicar reseñas y artículos y publicó mis escritos sobre educación. Publicamos juntos "La carreta costarricense".

Me parece que hubo una lenta evolución en diversos aspectos del pensamiento del Dr. Láscaris. Desde un estoicismo, con indudable médula cristiana, y mucho rigor académico y erudición, hacia un cierto epicureísmo muy típico de él, cierto enfriamiento del cristianismo y creciente interés hacia diversas áreas de aplicación filosófica, menos rigurosas. Esa cierta evolución es un hecho. Lo interesante sería conocer las causas. Unos meses antes de su fallecimiento le conté que había adquirido en Alemania dos de los tomos de las obras de Aristóteles de la clásica edición de Bekker. De inmediato me dio su acostumbrado consejo: "Pida un ejemplar para la Biblioteca de la Universidad o vea que alguien lo haga". Le pregunté: D. Constantino, ¿podría contarme qué sintió usted al llegar a Costa Rica en 1956 y percatarse de que no había aquí el acervo bibliográfico de que pudo usted disfrutar en España, Francia e Italia? Puso el rostro muy serio y dolido y cortó la charla así: "Mejor ni le digo lo que sentí. Lo que decidí es que todo había que enfocarlo de otra manera y comenzar a descubrir las cosas de acá con enfoques propios. Desde aquí era imposible competir con investigaciones en las que siempre nos iban a faltar elementos básicos..." Este asunto, pienso, ha debido tener mucha importancia en la orientación de las actividades investigativas del Dr. Láscaris. Véase, por ejemplo, su investigación, eruditísima, sobre las etapas del *Discurso del Método* y compárese con todo lo investigado por él en Costa Rica. Conservo con cariño un cuadernillo lleno de apuntes de su mano y letra, sobre el Cardenal de Cusa y su obra, que quedó interrumpido a partir de su viaje a Costa Rica. Me instó a que continuara investigando sobre ese autor. Pero es obvio lo que cuesta conseguir *aquí*,

bibliografía fácil de obtener *allá*. Por lo dicho estimo que el sacrificio que representó para el Dr. Láscaris el giro profundo en las orientaciones de su trabajo filosófico, deben ser valoradas como una de sus mayores aportaciones a Costa Rica.

Todo le interesó en Costa Rica. Es quizá su dimensión más conocida: geografía, costumbres, historia, cantones, prohombres, política, economía, instituciones. Sus sabrosos programas por televisión significaron un potaje informativo y analítico difícil de superar. Hay mucho de ello en artículos, proyectos, borradores, tesis de grado, que merecen divulgación.

Disfrutaba de la vida académica. Era instructivo oírlo argumentar, proponer soluciones, llevar adelante iniciativas. También, y muy especialmente, oírlo combatir ese nacer interminable de pobres ideas, de actitudes antiacadémicas que de continuo nacen en la academia y que de no detenerlas la hacen inútil, pobre, estéril. En esos combates siempre estuvo en primera línea y muy alerta. Tal vez algunos colegas se sintieron molestos con el Dr. Láscaris. Pero allí su obra fue como la del cirujano: que corta para salvar.

Cuando le contaba anécdotas o chistes, reía con toda el alma. Hasta que le daba toes...

Estimaba que todo asunto era digno de ser estudiado académicamente. Pero no burdamente o para hacer proselitismo o meramente para ganarse la vida. En ese respecto el uso que del marxismo han hecho algunos en las universidades, lo sublevaba. El llevó adelante estudios marxistas, pero no proselitistas.

A pesar de su actividad inagotable, D. Constantino no era un hombre muy vigoroso. A punta de café y cigarro llevaba sus interminables tareas. Pero deseaba más tiempo para sí. El día que se despidió a dos colegas que se pensionaban me dijo con el rostro alumbrado de esperanza: "*¡Que envidia me dan éstos!*". Le dije que a él le faltaban unos pocos años, pero no supe entonces que D. Constantino no llegaría a la pensión.

Muy desprendido en todo, sin embargo había cosas que lo llenaban de interés: los libros, los peces, un jardín... Le encantaba que se publicaran sus escritos y respetaba mucho lo bueno que se publicaba. La persona que escribía y publicaba y si lo hacía con todo el aparato técnico, le merecía un respeto especial. Le dolió la forma en que tuvo que separarse de "su" Instituto de Estudios Centroamericanos. Le dolió que la Universidad Nacional dejara de elegirlo para el Consejo Universitario. Pienso yo que él no perdió; perdieron los que se privaron de su colaboración.

Después de una hermosa charla sobre estoicismo, un estudiante de primer año lo fue a buscar un día. Le dijo que quería hacerse estoico. Me retiré para que hablaran. No sé cómo resolvieron la cuestión.

El estar todos a igual distancia de la muerte, era tema que le transformaba. En sus primeros años la exégesis de *Fedón*, de ser la Filosofía meditación sobre la muerte, se hacía lograr belleza y profundidad poco comunes: "*Si la filosofía tiene algún sentido es porque sirve al hombre de norma para prepararse para el hecho más decisivo de su existencia*". Y agregaba el: "*El saber por el saber mismo es el pecado satánico del orgullo y la filosofía, como norma de conducta, precisa del saber puramente especulativo como su fundamento*".

Se regocijó mucho con la tesis del Lic. Arnoldo Montero, sustentada el año 1978, que se ocupaba de la historia de la enseñanza de la filosofía en la educación media en Costa Rica. Tarea en que, como Quijotes, muchos anduvimos por mucho tiempo, siempre motivados por D. Constantino. Me dijo con mucha alegría: "*Que interesante ser objeto de estudio filosófico*".

En una ocasión después de incitarme para que diera un seminario sobre *Pedro Abelardo y Eloísa*, entró al curso. ¡Qué maestro humilde! Se puso a traducir cosas y a presentar trabajos.

Un día, junto con otros, formamos en España la Editorial Tridente. Tres obras se editaron: una de D. Carlos José Gutiérrez, otra de D. Abdulio Cordero y una traducción que hicimos Constantino y yo de una obra de Franco Lombardi. Luego quebró la Editorial.

Un capítulo muy respetable son los sufrimientos del Dr. Láscaris, que él senequistamente enfrentó y nunca puso en primer plano en su conversación, sino tal vez para dar satisfacciones por cualquier molestia a un amigo.

Enfrentó muchos trabajos administrativos agotadores. Una vez me decía, sentado por la noche en una de las antiguas tarimas de aula de Ciencias y Letras, mientras cuidábamos exámenes: "*Qué importante es tener presente el cauterio moral de que habla Séneca, para sobrellevar con buen ánimo estos trabajos*".

Se le quiso exigir horario de estar en oficina alguna vez, a él que trabajaba con una diligencia insuperable. Se rebeló, con ironía, y con firmeza.

Terminó recordando uno de los textos que usaba en sus lecciones, tomado de Platón: "*mientras tengamos nuestro cuerpo, y nuestra alma esté sumida en esta corrupción, jamás poseeremos el objeto de nuestros deseos: es decir, la verdad*".

Hablar de D. Constantino llenaría muchas páginas. Pero por hoy termino.

Convencido yo de la inmortalidad personal, estimo que D. Constantino sigue en su existencia, aunque de otro modo. Pero la falta que hará por acá, será irreparable. Nos había acostumbrado de tal modo a estar siempre presente, a ayudar a todos con eficacia y gusto, a dar luces en la confusión, que será difícil superar la orfandad que dejará su ausencia...

Constantino: Sabio y Amigo

Muchas cosas y muy buenas se han dicho y se han escrito del Dr. Láscaris. Varios homenajes efectuados en los dos últimos meses han puesto de manifiesto las obras suyas, sus iniciativas, su participación institucional, su capacidad didáctica, su valor y otras facetas de su rica personalidad.

Ha contado D. Enrique Macaya lo siguiente: "Le pregunté —a Constantino— cuál sería su programa para su cátedra de filosofía en Estudios Generales. Me contestó que pretendía que de ella salieran verdaderos filósofos; filósofos filosofantes, insistió. Como la filosofía, en su concepción independiente y como disciplina absoluta, era entonces algo lejano —hace de ello ya más de veinte años— me pareció su compromiso un tanto difícil. Ahora debo confesar que me equivoqué. Desde su cátedra se integró un grupo de verdaderos filósofos..." (Macaya, E., "Constantino Láscaris", Ancora, *La Nación*, 19-VIII-79 p.4).

El entonces Decano de la Facultad (desaparecida en mala hora) de Ciencias y Letras, D. José J. Trejos, decía en su Informe de 1957:

"No debo dejar pasar una oportunidad como la de esta memoria, sin dejar testimonio del reconocimiento que les debemos, tanto aquí en la Universidad como en todo el país, a los distinguidos profesores que logró nuestra institución atraer para dirigir las cátedras de Estudios Generales. El trabajo que ellos han realizado es excelente y las repercusiones de su presencia aquí son en extremo halagüeñas para el futuro de nuestro país..." Decía un poco más adelante: "Ellos han interrumpido sus carreras de profesores universitarios en sus países de origen, se han desprendido de sus tierras y entronques familiares, para venir a identificarse generosamente con nuestros problemas y a vibrar al unísono con nuestras aspiraciones, todo de una manera tal que no se paga con sueldos..." De ellos, sólo el Dr. Láscaris perseveró en la tarea y en el país hasta la muerte...

Insistía mucho el Dr. Láscaris en plantear las cosas de modo que al parangonarse los conceptos "Filosofía" y "Sabiduría", decía ver "la Sabiduría como meta por lograr mediante la Filosofía, lo cual implica el concebir la Filosofía como un permanente Filosofar".

El Dr. Láscaris en el ejercicio del filosofar fue *sabio*. En la medida en que es asequible a un hombre tal condición.

Fue sabio por el conocer las personas y las cosas (la *teoría*) y fue sabio por el saber entenderse y entender a las personas y comunicarse con ellas y por saber ordenar las cosas con vistas a un fin (la *práctica*).

Supo aprovechar bien el saber de los antiguos y con ellos vivía la convicción de que el saber por excelencia es el que trata de los principios de las cosas y que por decisión de quien está dispuesto, se traduce en *frónesis*, en la virtud de la prudencia, como sabiduría práctica (que no es *ciencia*, por ser susceptible de cambio continuo el orden de la acción, pero tampoco *arte*, porque acción y creación son de distinta naturaleza).

Tuvo él ese hábito-práctico-racional, que es sabiduría práctica o discreción, que constituyó uno de sus principales distintivos.

Penetrar lo que las cosas son y las personas quieren y pueden, es tarea del entendimiento, pero lo que además hacía el Dr. Láscaris era formar sobre ellas un juicio recto, con lo cual mostraba un grado de sabiduría que le hizo posible comprender y realizar tanto y tan bien.

Así realizó Constantino ante la faz del país algo de lo que expresaba Zubiri: "somos filo-sofos, amigos del saber de lo más real de la realidad, de un saber que nos permita ser lo más real de nosotros mismos..." y hasta llegó a postular el Dr. Láscaris la Filosofía como saber soteriológico: "Si la filosofía tiene algún sentido es porque sirve al hombre de norma para prepararse para el hecho más decisivo de su existencia: la muerte. Y de ello sacaba la consecuencia de que "tomar la filosofía como norma de conducta precisa del saber puramente especulativo como su fundamentante".

Repito lo dicho: el Dr. Láscaris en el ejercicio del filosofar fue sabio y lo fue hasta su muerte, en la medida en que es asequible a un hombre tal condición.

También quiero destacar en él la dimensión de la *amistad*.

Amistad es la relación social privada, normalmente entre dos personas, de carácter afectivo y desinteresado, basada en una atracción y afinidad espiritual tendiente a una colaboración vital. Se basa en las cualidades peculiares de cada amigo, irreductiblemente singulares; es relación social-personal.

La amistad es afinidad espiritual en gustos y aficiones, sentimientos e ideas, dentro de amplio consenso o acuerdo.

La amistad es vida. Es ayuda mutua en orden al crecimiento del ser, al pleno desarrollo del ser y personalidad de los amigos.

La comunicación que supone la amistad es genérica y se extiende, en principio, a todos los aspectos de la personalidad y a todos los bienes poseídos que se puedan comunicar lícitamente.

Representa la amistad uno de los aspectos más nobles de la vida humana y uno de los goces más puros y elevados. Rodea a los amigos de una atmósfera de cariño e influye en todas las facetas de su personalidad.

Gracias a la amistad, la persona aparece sin secretos ante el amigo y la función esencial de éste es ayudarlo a corregirse y superarse en todos los aspectos. Por ello es factor de primer orden en la formación humana.

Cabe afirmar que la autoformación es siempre imperfecta (incompleta: el maestro de sí mismo es discípulo de un tonto...), de lo que se sigue que la función de amigo sea insustituible.

Con amistad hay desinterés, beneficencia, comprensión, condescendencia, don de sí, espíritu de colaboración, unión social. Es la amistad el germen y la raíz de la vida social humana, de la vida social personal, íntima, vital creadora.

Es la amistad fuente de esfuerzo creador y de renovación social y cultural. Ello porque en la amistad, el amor y la soledad que son formas radicales de la vida privada, basadas en lo peculiar e íntimo de cada persona, manifiestan la autenticidad y originalidad del espíritu humano y su capacidad de creación. Consecuencia de ello es reconocer que la especie se renueva por los individuos.

El Dr. Láscaris fue grande en la amistad y en haber puesto de manifiesto todo lo indicado que de ella se sigue. Por ello es correcto decir que antes del Dr. Láscaris Costa Rica era una, y después de su llegada y su obra afincada en la amistad, de algún modo Costa Rica es otra.

Algún autor llega a admitir que en la soledad insobornable de cada cual es donde tiene su origen todo empuje y aliento, que transforma la faz de las cosas. Y el Dr. Láscaris tan convencido estaba de ello, que en radical consecuencia se dio el caso de que murió solo.

Constantino nos amó con amor de benevolencia, quiso siempre el bien para el amigo.

Ocurre que la relación de amistad desaparece al desaparecer uno de los amigos (porque no es lo mismo la memoria del amigo que la presencia suya afectuosa, ni son lo mismo sus obras, que la persona que amamos; ni siempre los amigos de Constantino lo somos de igual manera entre nosotros sin él). Por eso es correcto llorarlo y declarar que nos hace falta.

Como recordar es volver a pasar por el corazón, justo y conveniente es que para recordar esas dos excelsas calidades del Dr. Láscaris —su *sabiduría* y su *amistad*— base de toda su obra en el país, el nombre suyo se dé a la

Sala de Actos de este Instituto. Así, al conjuro de su nombre, podremos sentir cerca de nosotros de nuevo, algo de lo mucho que él fue, algo de lo mucho que supo, algo de lo mucho que a todos sus amigos nos amó.

Su sabiduría y su amistad explican que todo el país vibrará con su verbo y explican que todo el país se conmoviera con su muerte y es la razón de que de él se pueda decir que ha sido el filósofo de los pobres, de los solos y los tristes; y el filósofo de la actividad, de la apertura y de la alta especulación; el filósofo de la cátedra, de la soda y la televisión; el filósofo de los libros,

de la pesca y la política; el filósofo de los derechos humanos, de las libertades y de la amistad. Por ello y por mucho más, todo cuanto decimos y analizamos es porque el Dr. Láscaris merece ser honrado como el más alto filósofo costarricense.

Nota: El texto "Recuerdo al doctor Láscaris" se publicó en el semanario *Contrapunto* (16-VII-1979). El texto "Constantino: sabio y amigo" fue leído en el Instituto de Cultura Hispánica el 13-IX-1979.

CONSTANTINO LASCARIS

José Alberto Soto

Constantino Láscaris Comneno no estará más con nosotros en los predios universitarios, desde donde hace 22 años sirve a Costa Rica. Ahora descansa en los predios del camposanto.

Tenía un temperamento de maestro. Era modesto, muy discreto con las personas y consigo mismo; pronto a servir a quienes recurrían a él para aprender, para informarse, para charlar socráticamente. Era un profesor que sentía y vivía la universidad en su dimensión académica y en un vivo contexto humano. De donde le llegara un respiro de interés cultural o de interés filosófico estaba anuente a estimular, a ayudar y hasta a ofrecer sus efectivos contactos personales sin recompensa alguna, ni siquiera la de la amistad.

Le gustaba llamarse epicúreo, pero siempre lo conocí más como un estoico. Le gustaba llamarse materialista craso para diferenciarse del materialista dialéctico, al que encontraba muy idealista, o mejor dicho, "utópico". Yo lo conocí abstemio, desprendido, generoso, amigable particularmente con los niños. Era fumador, bebedor de café, gustador de mariscos, casi bucólico pero más pescador. Era persona deseosa de afecto, por esto mismo, lo conocí agradecido con quien le brindaba amistad. Fue un gran polemista hasta el alcance de las amenazas judiciales; lo era también en las asambleas en la Universidad de Costa Rica y en su programa en Telenoticias. Quiso decir siempre la verdad concreta, su verdad, su punto de vista y con mayor razón cuando algunos de sus programas académicos fueron suprimidos (el plan de doctorado, el Instituto de Estudios Centroamericanos) de tal modo que su nombre no apareciera más en ellos. Tuvo la desdicha, para algunos funcionarios universitarios, de haber nacido en España, país europeo "subdesarrollado", si bien llegó a ser costarricense de un modo muy peculiar: trabajando para y escribiendo sobre el costarricense. Lo conocí polémico y optimista de mejores tiempos venideros... en el campo político universitario y en el campo político nacional.

Era un maestro que no tenía la verdad "en el bolsillo", mas indicaba a sus alumnos el camino por donde se podía buscar... pero antes quería conocer cuál era la inclinación personal del pensamiento de cada uno y después indicaba: ahí están los grandes temas de la metafísica, de la historia, de la antropología, de la ciencia, de la política, aquí están las corrientes y sus representantes más eminentes, ahora estudien, reflexionen, es-

criban y su amable sonrisa acompañaba el consejo. En este sentido Constantino Láscaris era un maestro liberal y le gustaba efectivamente serlo, por esto, tenía un profundo respeto por la fe religiosa y concepción política de las personas que lo rodeaban.

Así lo conocí yo, como un liberal crítico, esto es, comprometido con el *humanismo liberal* que no ha tenido un fundador único, sino que hunde sus raíces en lo que él llamaba "la escolástica renacentista" y en las doctrinas contractuales de la escolástica que en tiempos de Locke llegaron a tener una formulación muy importante. Humanismo liberal que se ha venido enriqueciendo con todas las doctrinas liberales que han tenido un extraordinario desarrollo a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX. "En concreto, en el siglo XX —escribía— la única ideología que ha mostrado vitalidad enfrentándose con problemas nuevos ha sido la liberal. Sé que también esto es una frase que disuena de lo habitual en algunos medios en los que lo usual es presentar al marxismo como la única política vital".

Enseñaba que el liberalismo no debe reducirse a un partido: es una idea de convivencia política; esta idea liberal es de origen inglés, de difusión francesa pero fue en España donde se fundó el primer partido liberal. En Hispanoamérica, el liberalismo, en el plano económico y en el plano social, globalmente ha fracasado, no obstante haber sido, a lo largo del siglo XIX, la Revolución liberal la "que civilizó jurídicamente a nuestros países". Pero el *humanismo liberal* que enseñaba Constantino Láscaris permanece porque se funda, precisamente, sobre la persona humana, libre y responsable. Este humanismo suyo movía toda su acción de educador en las universidades, en la prensa, en la televisión, en las asociaciones culturales, medios que utilizó y, a través de los cuales, logró hacer llegar su pensamiento al más humilde costarricense. En su libro *Palabras* nos deja escritas estas líneas que presentan su preocupación de humanista.

"El liberalismo yo diría que parte de un concepto de persona humana: la afirmación de que el individuo es libre y por consiguiente responsable de sus acciones. Ahora quien niegue la libertad del individuo, en mi opinión, niega la persona humana. Los deterministas pueden ser todo lo civilizados que se quiera, a veces la tecnocracia precisamente toma ese camino pero lo que hace es negar la dignidad humana.

Uno de los peligros más graves de nuestro tiempo

no es la socialización excesiva ni cosa semejante. La socialización nunca es excesiva. El mayor peligro en nuestro tiempo es la tecnocracia, el gobierno por técnicos que no respetan la dignidad humana. Pero eso no es un problema ideológico; es un problema de irrespeto a la

persona humana. Un hombre no es nunca un número y en gran parte el existencialismo en Europa fue una reacción de raíz liberal antimasificante, contraria a todos los procesos de masificación, de despersonalización”.

(La Nación, 13-VII-1979).